

yonetas al montón que iba aumentando poco á poco en un ángulo de la plaza. Había allí un destacamento prusiano mandado por un oficial joven, un muchacho pálido, con levita azul celeste, que vigilaba el desarme, correcto, altivo, con las manos enguantadas. Un zuavo que en un momento de desesperación no había querido entregar su fusil, había sido cogido por orden del oficial, diciendo tranquilamente: «¡Que me fusilen á ese hombre!» Los otros, tristes, continuaban desfilando, tiraban su fusil con un gesto de dolor, deseando acabar cuanto antes. ¡Cuántos estaban ya desarmados! ¡Aquellos cuyos fusiles habían quedado en el campo de batalla! ¡Y cuántos desde la víspera se escondían creyendo que iban á pasar inadvertidos en medio de la horrible confusión! Las casas estaban atestadas de soldados, que no contestaban, que se escondían en los rincones. Las patrullas alemanas, al registrar la ciudad, los encontraban ocultos debajo de los muebles. Y como muchos, aun después de descubiertos, se empeñaban en no querer salir de las cuevas, se habían decidido á disparar tiros por las ventanas. Era una caza al hombre, una batida espantosa.

En el puente del Meuse, el carrito tuvo que detenerse, por la aglomeración de gente. El jefe del puesto que guardaba el puente, desconfiado, temiendo se tratara de algún comercio de pan ó de carne, quiso asegurarse de lo que llevaba el carretero; y cuando separó la manta, miró un momento el cadáver, sorprendido; después los dejó pasar. Pero no podían avanzar, aumentaba la confusión, era uno de los primeros convoyes de prisioneros que un destacamento prusiano conducía á la península de Iges. El rebaño, no paraba, se empujaban, se pisaban los talones, con sus uniformes destrozados, la cabeza baja, las miradas oblicuas, con los brazos caídos de vencidos que no tienen ni un cuchillo

para abrirse la garganta. La voz ruda de su vigilante los hacía andar como á latigazos, en medio del atropello silencioso, donde no se oía más que las pisadas de los zapatos gordos en el barro espeso. Acababa de caer otro chaparrón y nada más triste que aquel rebaño de soldados vencidos, decaídos, parecidos á los vagabundos y mendigos de los caminos.

Bruscamente, Próspero, cuyo corazón de soldado latía con fuerza, tocó con el codo á Silvina, señalándole dos soldados que pasaban. Había reconocido á Juan y á Mauricio, llevados con los compañeros, marchando fraternalmente, al lado uno de otro; y el carrito volvió á emprender la caminata. Detrás del convoy, pudo seguirlos con la mirada hasta el barrio de Torcy, sobre aquel camino llano que va hasta Iges, entre las huertas y jardines.

—¡Ah!—murmuró Silvina, con los ojos vueltos hacia el cuerpo de Honorato, trastornada con lo que veía,—¡caso los muertos son los más felices!

La noche, que los había sorprendido en Wadelincourt, era ya muy cerrada cuando llegaron á Remilly. Delante del cadáver de su hijo, el señor Fouchard, se quedó sorprendido, porque estaba convencido que no lo encontrarían. El había ocupado el día haciendo un buen negocio. Los caballos de los oficiales, robados en el campo de batalla, se vendían al precio corriente de veinte francos, y había comprado tres por cuarenta y cinco francos.

II

En el momento en que la columna de prisioneros salía de Torcy, hubo tal confusión, que Mauricio quedó separado de Juan. Por más que corrió tras él, se extravió. Y cuando, por último, llegó al puente que se había establecido sobre el canal que corta la península de Iges en su base, se vió mezclado

con cazadores de Africa, sin poder unirse á su regimiento.

Dos cañones, con las bocas hacia la península de Iges, defendían el paso del puente. Después del canal, en una casita pequeña, el Estado mayor prusiano había instalado un puesto de guardia, á las órdenes de un comandante, encargado de la recepción y de la custodia de los prisioneros. Las formalidades eran pocas, se contaban los hombres como si fueran borregos, y entraban poco á poco, sin inquietarse por los uniformes ni los números; y el rebaño penetraba é iba á colocarse donde podía.

Mauricio creyó poder dirigirse á un oficial bávaro que fumaba tranquilamente, sentado en una silla.

—¿El 106º, caballero, por dónde hay que pasar?

El oficial, por rara casualidad no entendía el francés ó al menos quiso engañarle, porque se sonrió, levantó la mano é hizo la señal de que fuera derecho.

Aunque Mauricio era del país, no había ido nunca á la península de Iges, y anduvo á la descubierta, como lanzado por un vendaval, á una isla lejana. Primero tomó á la izquierda por la Tour á Glairre, una hermosa posesión, cuyo pequeño parque tenía un encanto infinito, allí en las márgenes del Meuse. El camino seguía al río, que se deslizaba á la derecha. Poco á poco subía para dar la vuelta al montecillo que ocupaba el centro de la península; había allí antiguas canteras, excavaciones por donde se perdían estrechos senderos. Más allá, á flor de agua, se encontraba un molino. Después torcía el camino, bajaba hasta la aldea de Iges, construida sobre una pendiente, unida por una barca, á la otra margen, delante de la fábrica de hilados de Saint Albert. Por último, campos de labranza, praderas que iban ensanchándose, toda una extensión de vastos terrenos llanos y sin árboles, que ence-

rraba el círculo del río. En vano registró Mauricio la pendiente occidental del monte; sólo veía allí la caballería y artillería, tratando de instalarse. Preguntó de nuevo, se dirigió á un sargento de cazadores de Africa, el que no pudo contestarle. Comenzaba á anochecer y se sentó en la orilla del camino, rendido.

Entonces, en la brusca desesperación que se apoderaba de él, vió en frente, del otro lado del Meuse, los campos malditos, donde se había batido la antevíspera. Era aquel día en que terminaba aquella jornada de lluvia, una evocación lívida, la triste visión de un horizonte anegado de barro. El desfiladero de Saint Albert, el estrecho camino por donde habían llegado los prusianos, se perdía por entre los recodos hasta llegar á unas canteras. Más allá de la cuesta de Seugnon, se veían las cimas del bosque de Felizette. Pero, derecho delante de él, un poco á la izquierda, era sobre todo Saint Menges, cuyo camino iba á pasar hasta la barca; era la eminencia del Hattoy en medio, Illy muy lejos, Fleigneux escondido detrás de un repliegue del terreno, Floing, más cerca, á la derecha. Reconocía el campo en el cual había aguardado muchas horas echado entre las berzas, la meseta que la artillería de reserva había tratado de defender, la cuesta donde había visto morir á Honorato, sobre su cañón destrozado. Y el horror del desastre renacía, se apoderaba de él haciéndole sufrir tanto, que hasta le daban náuseas.

El temor de verse sorprendido por la negra noche le obligó á continuar indagando. Tal vez encontrase al 106º al otro lado de la aldea. Sólo encontró allí merodeadores. Se decidió á dar la vuelta á la península. Al pasar por un campo sembrado de patatas, tuvo la precaución de arrancar unas matas, desenterrando las patatas para llenarse los bolsillos; no estaban maduras, pero no tenía otra cosa

para comer, pues Juan había querido cargar con los dos panes que les había dado Delaherche. Lo que llamaba su atención era la multitud de caballos que encontraban por los terrenos pelados que bajaban suavemente hasta el Meuse, hacia Donchery. ¿Para qué habían llevado allí caballos? ¿Cómo iban á mantenerlos? Y la noche le sorprendió cuando llegó á un bosquecito en el que vió con sorpresa se encontraban los cien guardias del emperador, instalados ya, secándose delante de algunas hogueras. Esos señores, acampados aparte, tenían buenas tiendas de campaña, marmitas donde cocían la comida y una vaca atada á un árbol. Comprendió en seguida que le miraban de reojo al verle tan destrozado, con el uniforme hecho pedazos y lleno de barro. Sin embargo, le dejaron asar las patatas en la ceniza y se alejó después á un centenar de metros, se sentó al pie de un árbol y las comió. Había cesado de llover, las nubes desaparecieron y vió brillar en el cielo algunas estrellas. Entonces comprendió que lo mejor era pasar allí la noche, proponiéndose continuar buscando su regimiento al siguiente día. Estaba cansado; el árbol le protegería algo si empezaba de nuevo la lluvia.

Pero no pudo dormir recordando la prisión inmensa donde se encontraba, abierta en la espesa noche. Los prusianos habían tenido una idea feliz llevando allí á los ochenta mil hombres que quedaban del ejército de Chalóns. La península podía medir una legua de larga por un kilómetro y medio de latitud, donde podía estar muy á sus anchas el inmenso rebaño desbandado y vencido. Se daba perfectamente idea de la cintura de agua que los encarcelaba; rodeándolos el Meuse en tres partes, después el canal que arrancaba de la base, uniendo los dos brazos del río. Allí se encontraba una puerta, el puente que defendían dos cañones. Y na-

da era más fácil que custodiar aquel campamento á pesar de su extensión. Había notado que en la otra margen del río se habían colocado centinelas alemanas, un soldado cada cincuenta pasos, con orden de disparar sobre cualquier prisionero que intentara escapar á nado. Los hulanos galopaban detrás, uniendo los distintos puestos, mientras que, más lejos, esparcidos en el campo, hubieran podido contarse las líneas negras de los regimientos prusianos, una triple muralla, viva y movediza que encerraba al ejército prisionero.

Ahora, con los ojos grandes, abiertos por el insomnio, Mauricio no veía más que las tinieblas donde brillaban las hogueras de los campamentos. Sin embargo, más allá del Meuse pálido, distinguía aún las siluetas inmóviles de los centinelas. Bajo la claridad de las estrellas permanecían derechas y negras; y á intervalos regulares, un grito gutural llegaba hasta sus oídos, un grito de vela, amenazador, que se perdía allá en lontananza, en el ruido del río. Toda la pesadilla de la antevíspera renacía en él al oír aquellas duras sílabas extranjeras atravesando una hermosa noche estrellada de Francia; todo lo que había visto una hora antes, la meseta de Illy atestada de cadáveres, los infames contornos de Sedán, donde se había hundido un mundo. La cabeza apoyada contra una raíz del árbol, con la humedad de aquel bosque, volvió á apoderarse de él la misma desesperación que la víspera sobre el sofá de Delaherche; y lo que, agravando los sufrimientos de su orgullo, le torturaba ahora era la cuestión del mañana, la necesidad de medir la caída, la de saber en medio de qué ruinas ese mundo de ayer había desaparecido. Puesto que Napoleón había entregado su espada al rey Guillermo, ¿aquella horrible guerra no acabaría? Pero recordaba lo que le habían dicho dos bávaros que conducían los prisioneros á Iges: «¡Todos nosotros en Francia, to-

dos nosotros en París! En su somnolencia, tuvo la brusca visión de lo que ocurría; el imperio barrido, arrastrado bajo la maldición universal, la república proclamada en medio de una explosión de patriótica fiebre, mientras que la leyenda de 1792 hacía desfilar las sombras, los soldados llamados en masa, los ejércitos de voluntarios echando al extranjero del suelo de la patria. Y todo se confundía en su pobre cabeza enferma, las exigencias de los vencedores, la tenacidad de la conquista, la obstinación de los vencidos para derramar hasta la última gota de sangre, el cautiverio para los ochenta mil hombres que estaban ahí, en la península primero, después en las fortalezas de Alemania, durante unas semanas, unos meses, acaso años. Todo crujía, se desmoronaba para siempre en una desgracia sin límites.

El grito de los centinelas, aumentando poco a poco, resonó delante de él y fué á lo lejos. Se había despertado, daba vueltas sobre la tierra dura, cuando un tiro rasgó el silencio de la noche. Un estertor de muerte atravesó en seguida el espacio; el agua salpicó unos momentos durante la corta lucha de un cuerpo que se va á fondo. Algún desgraciado había recibido un balazo al querer atravesar á nado el Meuse para escaparse.

Al siguiente día, en cuanto amaneció, Mauricio estaba en pie. El cielo estaba despejado, tenía prisa para unirse á Juan y á los compañeros de la escuadra. Quiso registrar de nuevo el interior de la península, pero después se decidió á dar la vuelta entera. Y al encontrarse al lado del canal, vió los restos del 106º, un millar de hombres acampados en la orilla del río que protegía una hilera de árboles. La víspera, si en vez de tomar por derecho, delante de él, hubiese torcido á la izquierda, hubiera encontrado en seguida su regimiento. Casi todos los regimientos de infantería estaban amontonados allí,

en el ribazo que va desde la Tour á Glaire hasta el palacio de la Villette, otra posesión, rodeada de algunas casitas, del lado de Donchery; todos acampaban cerca del puente, cerca de la única salida, con el instinto de la libertad que hace que se aplasten los rebañíos contra la puerta del aprisco.

Juan lanzó una exclamación de alegría.

— ¡Ah! ¿eres tú? ¡Crei que te habías caído al río?

Estaba allí con lo que le quedaba de la escuadra: Pache y Lapouille, Loubet y Chouteau. Estos, después de haber dormido en un portal de Sedan, se habían encontrado de nuevo al ser hechos prisioneros. En la compañía no quedaba más jefe que el cabo; la muerte había segado las vidas del sargento Sapin, del teniente Rochas y del capitán Beaudoin. Y aunque los vencedores habían abolido los grados decretando que los prisioneros solo debían obedecer á los oficiales prusianos, los cuatro se habían acercado á Juan, sabiendo que era muy prudente y muy experimentado y que era muy útil en los casos de verdadero apuro. Así es que aquella mañana reinaba la mayor armonía y concordia entre todos. Para pasar aquella noche, les había encontrado un sitio casi seco entre dos arroyuelos, donde se habían acostado, no teniendo para todos más que un pedazo de lona. Después se había procurado leña y una marmita en la cual Loubet les había hecho el café que les había templado el cuerpo. No llovía, el día se anunciaba muy hermoso, tenían aún un poco de galleta y de tocino y después, como decía Chouteau, era una satisfacción no tener que obedecer á nadie y poder estar á sus anchas, pues aunque estaban encerrados, había mucho sitio para todos. Además, dentro de tres ó cuatro días se marcharían. Aquel primer día, el día 4, que era un domingo, lo pasaron alegremente.

El mismo Mauricio, confortado desde que se

había unido á sus compañeros, solo padeció oyendo las músicas prusianas que tocaron durante toda la tarde al otro lado del canal. Al anochechar cantaron coros. Se veía más allá del cordón de centinelas, á los soldados paseándose por pequeños grupos, cantando con voz lenta y fuerte para celebrar el domingo.

—¡Ah!... ¡esas músicas!—acabó por decir Mauricio exasperado.—Me penetran en la piel.

Menos nervioso, Juan movió los hombros.

—¡Hombres, pues ya tienen motivos para estar contentos! Y además, tal vez crean que nos distraen... El día no ha sido malo; no nos quejemos.

Pero al anochechar empezó á llover. Era un desastre. Algunos soldados habían invadido las pocas casas abandonadas de la península. Otros habían logrado plantar las tiendas de campaña. El mayor número, sin abrigo de ninguna clase, sin mantas, tuvo que pasar la noche al aire libre, bajo aquella lluvia diluviente.

A la una de la mañana, Mauricio se despertó en medio de un verdadero lago. Los arroyuelos hinchados por las lluvias se habían desbordado sumergiendo el terreno donde estaban echados. Chouteau y Loubet juraban, mientras que Pache sacudía á Lapouille, que seguía durmiendo, á pesar de todo, en aquella riada. Entonces Juan se acordó de unos álamos que había visto á la orilla del canal y fué á acogerse debajo de ellos con los compañeros que acabaron de pasar allí la noche, medio doblados, la espalda contra la corteza, las piernas recogidas para guarecerse de las gotas.

Y la jornada siguiente y la del otro día fueron verdaderamente atroces, bajo los continuos chaparrones, tan frecuentes y tan fuertes, que las ropas no tenían tiempo de secarse. El hambre comenzaba de nuevo á hacerlos sufrir, no quedaba ni una galleta, ni un pedazo de tocino, ni un grano de café.

Durante esos dos días el lunes y martes, vivieron con las patatas robadas en el campo y aún al final de los dos días eran tan escasas, que los soldados que tenían dinero las compraban á real cada una. Las cornetas tocaban á provisiones y el cabo se había dado prisa en acudir delante de un cobertizo de la Tour á Glaire, donde corría el rumor de que daban raciones de pan. Pero la primera vez tuvo que aguardar tres horas inútilmente, y la segunda empezó á regañar con un bávaro. Si los oficiales franceses nada podían, hacer imposibilitados de obrar, ¿los alemanes tendrían intención de dejar morir de hambre á los soldados vencidos? No parecía que hubiesen tomado precaución alguna, ningún esfuerzo se había hecho para alimentar, aquellos ochenta mil hombres cuya agonía empezaba, en aquel infierno horrendo que los soldados designaban con el nombre de Campo de la Miseria, un nombre de angustia, del que los soldados debían guardar un recuerdo indeleble.

Al regresar del cobertizo, Juan á pesar de su calma habitual se encolorizaba.

—¿Se quieren burlar de nosotros, tocando á provisiones cuando no hay nada? ¡Que el demonio me lleve, si vuelvo á menearme!

Y á pesar de todo, al menor toque de llamada acudía de nuevo. Aquellos toques reglamentarios eran inhumanos; cada vez que sonaban las cornetas, los caballos franceses, abandonados y libres del otro lado del canal, acudían, se retiraban al agua, para unirse á sus regimientos, atraídos por aquellos toques conocidos que los agujoneaban como si fueran espolazos. Pero sin fuerzas apenas, pocos llegaban al otro ribazo, y se veían sus cuerpos hinchados flotar sobre las aguas, en crecido número. En cuanto á los que llegaban á tierra, como presa de súbita locura, galopaban, y se desvanecían en los campos de la península.

—¡Carne para cuervos! decía dolorosamente Mauricio, que recordaba la infinidad de caballos, encontrada por él. Si nos quedamos aún unos días, nos vamos á devorar unos á otros... ¡Pobres animales!

La noche del martes al miércoles fué terrible. Y Juan que empezaba á tener cuidado por el estado febril de Mauricio, le obligó á envolverse en un trozo de manta, que habían comprado por diez francos; mientras que él, en su capote que parecía una esponja, recibió el diluvio que no cesó en toda aquella noche. Bajo los álamos, la posición era insostenible, había un barizal enorme, y la tierra, harta de agua, la devolvía. Lo malo era que además tenían el estómago vacío, pues la cena había consistido en dos remolachas para los seis hombres, que no habían podido hacer cocer, por falta de la leña seca y cuya frescura azucarada, se cambió muy pronto en una intolerable sensación de quemadura. Sin contar con que se declaraba la disenteria á consecuencia del cansacio, de la mala comida y de la humedad. Varias veces Juan, adosado contra el tronco del mismo árbol, había alargado la mano para tentar y ver si Mauricio no estaba destapado. Desde que sobre la meseta de Illy, su compañero le había salvado de caer en manos de los prusianos, llevándosele entre sus brazos, pagaba su deuda centuplicada. Lo hacía sin razonarlo, se daba por entero, se olvidaba de sí, por cariño hacia el otro. Se había quitado la comida de la boca para dársela, como decían los hombres de la escuadra; ahora hubiera dado su piel, para vestir al otro, abrigarle las espaldas y calentarle los pies. Y en medio del salvaje egoísmo que los rodeaba, en aquel rincón de humanidad doliente, donde el hambre hacía sufrir atrocemente, debía acaso á esa abnegación completa, el beneficio imprevisto de conservar su tranquilidad y su salud; porque sólo él, firme aún, no perdía la cabeza.

Después de aquella noche horrible, Juan puso en ejecución un proyecto que venia meditando.

—Oye, Mauricio, puesto que no nos dan de comer y que nos tienen olvidados, tenemos que arreglarnos de algún modo, si no queremos morir como perros... ¿cómo estás con tus piernas?

Felizmente había vuelto á salir el sol y Mauricio calentado contestó.

—¡Pues estoy bien de piernas!

—Pues entonces vamos á ver si descubrimos algo... Tenemos dinero y malo será que no encontremos algo que comprar. Y no nos cuidemos de los demás, no lo merecen; ¡que se las arreglen!

En efecto, Loubet y Chouteau le sublevaban por su egoísmo, robando lo que podían, sin partir nunca con los compañeros: nada podían sacar de Lapouille, el bruto, ni de Pache, el beato.

Los dos, Juan y Mauricio, se fueron por el camino que este último había recorrido, á la orilla del Meuse. El parque de la Tour á Glaire y la habitación, estaban destrozados, saqueados, los árboles cortados, la casa invadida. Un gentío andrajoso, soldados llenos de barro, las mejillas hundidas, los ojos brillantes de fiebre, acampaban allí como bohemios, viviendo como lobos en los cuartos manchados, no atreviéndose á salir por temor de perder el sitio para pasar la noche. Y más lejos en las pendientes; atravesaron por los sitios donde acampaban la caballería y la artillería, tan correctas hasta entonces, descaídas también, desorganizándose con las torturas del hambre que alocaba á los caballos y echaba á los hombres por los campos, en bandadas devastadoras. A la derecha, vieron delante del molino una cola interminable de artilleros y de cazadores de Africa, desfilando con lentitud: el molinero les vendía harina, dos puñados por un franco. Pero el temor de tener que aguardar demasiado, les hizo pasar adelante, esperando encontrar algo mejor en

el pueblo de Iges; y este presentaba un aspecto tristísimo; como si fuera una aldea de la Argelia después del paso de una nube de langosta: no quedaba ni una migaja de víveres, de pan, de legumbre ni de carne. Decían que el general Lebrun se había hospedado en casa del alcalde. Había tratado de organizar un servicio de bonos, pagaderos después de la guerra, para facilitar el aprovisionamiento de las tropas. Pero como nada quedaba, el dinero era completamente inútil. La víspera se habían pagado dos francos por un galleta y siete francos una botella de vino, una copa de aguardiente un franco y un pipa de tabaco cincuenta céntimos. Y ahora los oficiales se veían obligados á custodiar la casa del general como las que se hallaban cerca, porque las cuadrillas de merodeadores derribaban las puertas y robaban hasta el aceite de las lámparas para beberlo.

Tres zuavos llamaron á Juan y á Mauricio. Entre los cinco podrían trabajar bien.

—Venid... hay aquí caballos que se mueren y si tuviéramos leña seca...

Después asaltaron la casa de un aldeano, rompieron los armarios, arrancaron el tejado de paja. Unos oficiales que llegaron á la carrera los hicieron huir, amenazándoles con los revólvers.

Cuando Juan se convenció de que los aldeanos que se habían quedado en Iges estaban tan hambrientos como los soldados, sintió haber desdeñado la harina del molino.

—Hay que volver allá, tal vez quede aún.

Pero Mauricio empezaba á estar tan cansado, tan debilitado, que Juan le dejó en un boquete de las canteras, sentado sobre una roca, en frente del ancho horizonte de Sedan. Después de formar cola durante tres cuartos de hora volvió con dos raciones de harina y no tuvieron más remedio que comer á puñados. No era malo, no sabía á nada,

un sabor soso de pasta. El almuerzo los reconfortó un poco. Tuvieron también la suerte de encontrar en la roca un depósito natural de agua de lluvia, bastante pura y la bebieron con delicia.

Después Juan propuso pasar allí mismo la tarde, pero Mauricio se negó.

—¡No, no, aquí no!... Caería enfermo si tuviese ese panorama mucho tiempo ante mi vista...

Con mano temblorosa señalaba el horizonte inmenso, el Hattoy, las mesetas de Floing y de Illy, el bosque del Garenne, esos campos malditos de la matanza y de la derrota.

—Hace un momento, mientras te aguardaba, he tenido que volverles las espaldas, porque me entraban ganas de aullar de rabia, sí, de aullar como un perro á quien se azuza. ¡No puedes imaginarte el daño que eso me causa! ¡Me vuelvo loco!

Juan le miraba, extrañándole aquel orgollo, inquieto al sorprender en los ojos ese extravío de la locura que había ya notado algunas veces. Quiso tomarlo á broma.

—¡Bueno! La cosa es muy sencilla. Vamos á cambiar de país.

Empezaron á andar y anduvieron hasta la caída de la tarde. Visitaron la parte llana de la península, esperando encontrar algunas patatas, pero los artilleros que se habían apoderado de los arados habían removido los campos recogiendo todo lo que quedaba. Retrocedieron. Atravesaron de nuevo por medio de las multitudes inactivas y moribundas, soldados que paseaban el hambre, sembrando el suelo con sus cuerpos aletargados, caídos de inanición á centenares, expuestos á los rayos del sol. Ellos mismos, á cada momento, tenían que sentarse.

Después una sorda exasperación los ponía en pie, comenzaban á rondar como agujoneados por el instinto del animal que busca su comida. Parecía